

2016

Ernesto Semán New York 2011

Ernesto Seman

University of Richmond, eseman@richmond.edu

Follow this and additional works at: <http://scholarship.richmond.edu/jepson-faculty-publications>



Part of the [Latin American Languages and Societies Commons](#), and the [Leadership Studies Commons](#)

Recommended Citation

Seman, Ernesto. "Ernesto Semán New York 2011 ." In *Holy Fuck! hablando del kirchnerismo con el recaudador de impuestos*, edited by Huili Raffo, 266-275. Buenos Aires, Argentina: Garrincha Club, 2011.

This Book Chapter is brought to you for free and open access by the Jepson School of Leadership Studies at UR Scholarship Repository. It has been accepted for inclusion in Jepson School of Leadership Studies articles, book chapters and other publications by an authorized administrator of UR Scholarship Repository. For more information, please contact scholarshiprepository@richmond.edu.

ERNESTO SEMÁN
NEW YORK
2011

Ernesto Semán nació en Argentina en 1969 y vive en Brooklyn, Nueva York. Su último libro es *Soy un bravo* (novela, Mondadori, 2011).

Según el relato noticioso, Ronald Reagan estaba mirando por la ventana del Salón Oval de la Casa Blanca cuando entró Elliot Abrams, su subsecretario de Estado para América Latina. Era en el 84, Estados Unidos se enfervorizaba por borrar del mapa al gobierno sandinista de Nicaragua, financiando cuanto sátrapa le propusiera una incursión militar. Una pasión por la desigualdad de oportunidades, diría cualquiera. Abrams traía noticias. En el norte de Nicaragua, donde peleaban con la Contra, los sandinistas habían derribado por error un helicóptero cargado de periodistas. Ocho muertos.

Y Reagan, sin sacar los ojos del paisaje: “¿Ves? Todo el mundo puede hacer algo bueno. Hasta los sandinistas.”

¡Ronaldo! Un jugador de toda la cancha, dejando testimonio de todos sus desprecios en once palabras. Un momento alto y anónimo en la carrera del presidente número 40, opacado por el tendal de muertos que lo sobreviven.

Pero yo pensé en eso, exactamente veinte años después. “¿Ves? Todo el mundo puede hacer algo bueno. Yo también, TP también.”

Y entonces hicimos TP, un experimento de periodismo en internet completamente innovador, explorando nuestras propias fronteras a la sombra de una modorra intelectual de provincia, invisible a nuestros propios ojos, imposible de verla detrás de la dispersión que nos había escupido por el mundo; un ideario desangelado oculto detrás de las millones de citas y señas de sabiduría y capital cultural acumulado que desplegábamos con la desesperación de quien necesita ocultar sus carencias. Las nuestras, y las de las decenas de miles de lectores que nos acompañaron hasta acá. Hay que explorar la heterogeneidad de esa masa no sudorosa que creó y mató a TP para saber de qué se trata.

A veces pasa que alguien dice “eso no es verdad, es tu imaginación,” y parece entonces una realidad de segundo orden. Es al revés, un espejismo es una meta-verdad. Quizás porque es insalible, le da forma a la realidad ante nuestros ojos, por encima de nosotros,

por fuera de nuestro control. Y entonces creemos que las cosas son así. Sin saber que creemos, creyendo que sabemos.

Sabíamos, entonces, porque lo creíamos, lo bueno que era TP.

Mi primer contacto con un espejismo formativo del mundo real fue veinte años antes de TP, en la adolescencia, cuando muchos amigos del grupo que me rodeaba empezaron a sentir la necesidad de decir que era muy bueno leer La Nación. Yo militaba en una agrupación de centroizquierda, el Partido Intransigente, o PI. Rápido, en 3 o 4 años la militancia se transformó en algo frustrante. Aun para los adolescentes, pero sobre todo para los adultos, que empezaban a medir su futuro con varas más cortas, estrictas. El panorama laboral, la familia, un ingreso fijo, una propiedad, todo lo que se oscurecía en la vida diaria del café y la conversación sobre un futuro igualitario por el que, de todos modos, éramos pocos los que apostábamos más que la magra propina porteña.

Y entonces aparecían deseos irrefrenables por poner una consultora. O por decir todo el santo día, “¿viste que La Nación no es tan malo? Está bien escrito, tiene buena información. Además, hay que leer de todo.” Una necesidad enorme de creer que La Nación no era tan malo, pero sobre todo de poder decirlo. Uno se iba a comprar caramelos al kiosco o a comer un sandwich de matambre con mayonesa al bar de la calle Solís antes de llegar a Independencia, y detrás tuyo tenías a este aprendiz de ignorante, que no había sabido redactar un volante en su facultad, diciéndote, “¿Pero viste que no es tan malo La Nación?” El PI hubiera conservado a buena parte de su base de haber tenido un buen endocrinólogo a mano, alguien que pusiera en orden las demandas hormonales de una manada que quería ser algo pero no sabía qué, jefes. O un cabaret que se presentara accesible para profesionales liberales, frustrados o exitosos.

Luego tuve conocidos y amigos en La Nación. Porque yo también senté cabeza, aunque a mi manera y sólo así. Y con ellos solíamos y solemos reírnos. Entre otras cosas, nos reíamos de la camada joven de lectores, de aquellos que consideraban que La Nación estaba bien escrito. Justo ahora, que mis amigos de La Nación se horrorizaban por lo mal escrito que estaba. Escribir la nación, narrarla, no es fácil, es una enorme carga, hay que conquistar montañas y desiertos, abrir empresas y centros de detención. No es soplar y hacer botellas. O como dijo una vez Juan Carlos Portantiero, en otra cita que se perdió la historia, “es exactamente como soplar y hacer botella, ies difícilísimo!” Creo que con mis amigos del diario nos reíamos de cosas muy distintas, pero uno al fin y al cabo es tolerante. La Nación, no importa cuánto se esforzara uno, era un pésimo diario, escrito con los pies y dedicado, no en la modesta contribución de sus periodistas sino desde el fondo mismo de su Weltanschauung, a resaltar los problemas que le interesan y, sobre todo, a disolver los que no, los que expresan las desigualdades, económicas y

de otro tipo, en las que se afianzan las jerarquías de la sociedad de la que La Nación se siente (con justa razón) fundadora. Era sobre todo un diario de estúpidos y fachos, sin las pelotas del *Völkischer Beobachter* ni la calidad del *Wall Street Journal*, domesticado para que intelectuales progresistas se lamentaran en sus páginas porque D'Elia le escupió las sandalias a Marley, porque Buenos Aires no es París, porque aun corriendo al 9% anual siempre terminamos más cerca de Quito que de Shanghai, porque nuestros líderes no son como Togliatti, ese gran partido de gramscianos al que entre De Gásperi y Kissinger se cansaron de romperle el orto. ¡Ese era un gran partido, claro! No como los gramscianos argentinos, que se patinaron la salud y el dinero que no tenían en tratar de armar una opción política y un país relativamente decente, ante la mirada ignorante y despectiva de quienes, a las vueltas de la vida, ahora escriben en La Nación para hablar de la necesidad de restaurar la libertad.

Yo pude escribir en La Nación, quizás es el momento de aclararlo. Ocurrió en el 1998, ese fue el comienzo de mi segundo espejismo, una década después que el primero. Pero pasaron dos cosas. Una es que luego de que me llamaran desde La Nación, me reuní con José Claudio Escribano, que me dio la mano flácida, tibia y mojada, como si acabara de masturbarse en el baño con la foto de un colega. No como el General Bussi, que me desalineaba los nudillos y me dejaba la mano blanca por dentro y colorada por fuera cada vez que me veía. Con odio, pero también con la convicción del tipo que fusila, no del forro que lo encubre ni del salame que escribe en su diario creyéndose de amianto. Lo otro que sucedió fue que también me llamaron desde Clarín, porque era el '98 y la movilidad social ascendente de mi clase se pagaba con la fractura social más formidable de la historia de la Argentina moderna, pero quién pudiera vivir a la altura de lo que cree, sobre todo si un poco de ceguera nos habilitaba a cobrar en dólares, tener ofertas de los principales medios, comer por veinte dólares un buen plato de salmón importado de Hungría, a descubrir el cilantro. Lo más importante era sentirse incrementado, en un diario más grande, con un salario más alto, una máquina más larga. Nuestra Fiesta de Todos. Así que Clarín me ofreció lo que me pareció una torta de guita grande como el Empire State. Después conocí el Empire State verdadero, y supe que Clarín me había engañado, que la altura de su guita era un caramelo para chicos de Floresta. Quizás si Bussi hubiera sido director de La Nación, quién te dice.

En verdad pasó otra cosa, también, y fue que toda la negociación ocurrió mientras yo veraneaba en La Paloma, República Oriental del Uruguay. Estaba con mi novia, cuya sabiduría precedía y excedía a la experiencia. Estábamos con otro amigo, igual de singular, que también buscaba su propio palenque. Pescábamos pejerreyes, un animalito que había adquirido una estatura mítica en mi paladar desde que leí que Raúl Alfonsín

cerraba sus horribles acuerdos políticos de los sesenta y setenta invitando a sus víctimas a comer pejerreyes con puré en el Club de Pescadores de Chascomús. Así que pescábamos, como podíamos, una docena o más pejerreyes, los freíamos a la noche y los comíamos a la provenzal, con puré. No dijeron nada, ellos, sobre mis propios horribles acuerdos. Los dos me miraron, un mes entero perseguido por la mirada de ellos. Y cuando volví a Buenos Aires me fui a Clarín, que resultó ser, también, un terrible error, pero mío.

Ese fue, entonces, mi segundo espejismo. El tercero fue TP, al medio de la década siguiente. Escribimos mucho, y de todo. Internet es ancha y generosa, presiona para saltarse el mínimo proceso editorial de decidir qué vale la pena y qué no; enjuagándose cada mañana con lavandina el lóbulo frontal, amortiguando el sentido de juicio sobre las consecuencias de nuestros actos y errores. Casi todo salía publicado en TP. Y sin embargo, visto a la distancia, había un común denominador, una fuerza que nos guiaba. Era la desesperación por llamar la atención y ser amados y reconocidos por lo que éramos. Es decir, por lo que no éramos, pero nos moríamos por. La vanguardia de una nueva forma de pensar la vida pública argentina. Hay que decirlo, lo mejor de nuestras intenciones.

TP estaba plagado de citas. Armados de ambición, google y las últimas reservas de una educación pública de calidad, había que discutirle o celebrarle a Beatriz Sarlo, toda su obra, en un par de páginas, habiendo leído el uno por ciento de lo que ella había revisado para escribir un solo artículo. Desestimar una idea de Ernesto Laclau sin nunca haber entendido a Ernesto Laclau. Discurrir sobre la economía actual sin darle más que una ojeada al diario de hoy. Escribiendo mucho de política desde el desinterés por la misma, éramos taxistas con terciaria completa y tiempo libre. Y, desde ya, maltratar a escritores y directores de cine, consagrados o cercanos. Lo importante era atarse a las señas externas de nuestro sólido capital cultural (alguien ansioso por clamar que había llegado a un estado post-literario me escribió de inmediato, con la mejor intención, recordándome que se decía “poema”, no “poesía.” ¿O era al revés?). Estábamos un paso más allá, pero teníamos que mostrar nuestra familiaridad con un tramado de rituales y normas, un hábito que nos pusiera en el centro de un campo intelectual específico al que en verdad mirábamos deseosos desde la vereda de enfrente pero denunciábamos como trivial. Tirábamos piedras contra las ventanas, enojados porque la política la hacían otros, los libros los publicaban otros, las editoriales y las películas y las cátedras eran de otros. Lo trágico es que eran de otros como nosotros, si hasta habíamos ido juntos al colegio, y ahora eran ellos los que se sentaban detrás de los escritorios. O peor aún, los que habían acumulado tanto que ostentaban sencillez. Aquel que Manejó

Los Destinos De La Nación y aun así te recibe con Nescafé, detrás de una mesa de fórmica. Pero en algún lugar les habíamos perdido la marca y ahora nos preocupaba dejar en claro que el ascenso de ellos demostraba una vez más la banalidad del éxito y no nuestras limitaciones. Como si una cosa, efectivamente, quitara la otra. La verdad era que ni Laclau, ni Sarlo, ni Gelman ni Soderbergh veían afectadas sus ideas por TP ni TP sentaba las bases de algo nuevo. Mal que nos pese a la distancia, TP encontró la horma de su zapato en la confrontación con Sandra Russo o José Pablo Feinmann, personajes antes que productores de un pensamiento político y cultural, a los que TP despellejó con obsesión quirúrgica y, en la mayoría de los casos, con justa razón y eficacia.

Nosotros, con las carnes blandas de la mediana edad, seguíamos siendo los adolescentes que reclamábamos la atención de los padres a través de un maltrato que sólo nos reafirmaba en nuestras carencias. Pero con un problema más, porque mientras los años nos pasaban por encima, una vida y veinte años después de haber sabido que damos vueltas a la heladera y en invierno nos queremos exprimir, los padres seguían sin darnos ni la hora, y debajo nuestro crecía como yuyo una generación nueva de políticos y de escritores y de profesores y músicos que quizás algún fin de semana, cansados después de varios días de haber hecho algo útil de sus vidas, le pegaban una mirada a TP antes de cerrar la computadora e irse a dormir con la mujer que habíamos amado en el CBC.

El desfase entre nuestra creencia sobre la calidad de lo que hacíamos y lo que en verdad producíamos estaba en la matriz de TP, y en un punto era su motor, como puede verse en las notas que integran esta compilación. Habíamos llegado para cambiar los medios, o el periodismo, o la literatura, o todo, teníamos pocas dudas. Algunos de los que íbamos a terminar haciendo TP habíamos pasado la década anterior merodeando diarios y revistas, en puestos más o menos prominentes, con foto. Y parecíamos obsesionados con la brutalidad con la que diarios y canales asfixiaban la realidad describiéndola como aquello que quiere la gente, aquello que le importa al vecino, a usted señora, o usted profesional. Pensábamos que había lugar para algo distinto, y que teníamos con qué, lo que en muchos casos era cierto, de ahí que sobre material para hacer esta compilación, lo que raramente ocurre con la producción que nosotros mismos desarrollamos antes en otros lados. Pero la carga más dañina no era la que traíamos de los medios en los que habíamos trabajado, sino aquella que no alcanzábamos a definir y por eso se nos imponía y se nos hacía más fantasmagórica. Nuestra mochila era el legado alfonsinista, o mejor dicho, el efecto que dejó en nuestro temprano arranque en la vida pública el fracaso de los '80 al tratar de conjugar los mandatos de la transición con los mandatos del estado benefactor, el vacío en el que se licuó el gobierno de Alfonsín

hacia el '89, llevándose consigo el juicio a las juntas y el PAN, aunque no del todo. El trauma de aquella derrota fue tan abrumador que, diez años después, para no volver a engancharse el escroto en el alambre de púas de la imposibilidad, muchos de esos mismos no tan jóvenes abrazaron con pasión sublimada el nuevo desafío de conjugar las demandas de la transición con las de las reformas estructurales, fruto de lo cual surgiría un espacio público moderno y una ciudadanía pura, medios creativos, un estado con más técnicos y una política con menos punteros. Algo que, contra toda evidencia, muchos imaginaban como una idea brillante, nueva e inclusiva. La llegada de la Alianza, presentada como un cambio de época, les (y nos) dio la oportunidad de prolongar esa ilusión en un formato más amable, y con el condimento de llevar al periodismo a su máximo apogeo, como para que pudiera mostrar su peor faceta.

El abanico de opciones entre esos mandatos de la transición se abrió un poco más para la época de la llegada del kirchnerismo (y de la salida de TP), porque las cuestiones de justicia, equidad y reformas del estado partieron aguas de formas novedosas. Pero para entonces, los que estaban aferrados a la ecuación que les había dado trabajo, algo de fama, mujer y propiedad, tenían menos margen de maniobra, y la chance de poder seguir hablando del desempleo desde diarios que pagaban salarios más altos que el New York Times y revistas que se pensaban como el New Yorker era más tentador que ponerse a pensar dos veces lo que estábamos haciendo. Al menos hasta que el desempleo llegara a esos mismos diarios, lo que no tardó en ocurrir, dejando en la calle o con sueldos pobres a un berenjenal de periodistas que habían estado toda la década hablando de la economía en dos velocidades y recién ahora se quedaban parados en la vereda, viendo pasar a Ernesto Tenenbaum dos veces más rápido que ellos.

Llegado el 2004, los que se habían aferrado al ideal de "un país normal" --fueran ellos periodistas, músicos o poetas-- necesitaban que la realidad estuviera a la medida de sus adquisiciones. Entonces aparecían las notas exasperadas porque un piquetero expresaba de mal modo las demandas sociales que afloraban por todos los costados del kirchnerismo. O la letanía de lamentos por la importancia que debían tener o no los derechos humanos en la agenda pública. Releyendo TP, surge algo difícil de entender en cualquier otro contexto: la obsesión de muchos redactores con el poder de los organismos de derechos humanos, el número real de desaparecidos, o el uso político de la reapertura de los juicios por violaciones a los derechos humanos era igual o mayor que la de Hebe de Bonafini en un día de verano, pero con argumentos más pobres y en sentido contrario. En el tono exasperado de aquellas notas se sobreexponía, muchas veces, la importancia vital que el tema tenía en aquellos que buscaban enterrarlo. Aquellos que no dejaban de mencionar en sus notas de hartazgo cómo su biografía

personal no había sido afectada por la dictadura, mostraban por el reverso una mirada socio céntrica, su manifiesta incapacidad por trascender su diario de Sarah Kay.

No tenían que gustarnos esos temas. No sólo contaminaban la agenda a la que nos aferrábamos, sino que traían además el recuerdo de nuestros fracasos tempranos. Entonces, a tres años del comienzo, aparecían esas notas con el desinterés más absoluto por la fractura social que, heredada o no de los '90, se abría ante nuestras laptops de la mano del mismo kirchnerismo, el desprecio por quienes representaban el lado feo de esa fractura, la dificultad para interpretarlos, la insinuación de que el kirchnerismo era comparable al stalinismo, que porqué hablar de derechos humanos si-habían-pasado-tantas-otras-cosas. Todos temas que harían la base de una compilación temática peculiar. Innovador, apostando al *rigor* y la *creatividad*, TP publicaba una nota que veía el gobierno de Kirchner como la reemergencia montonera (tan en espejo con lo que el propio gobierno fantaseaba), otra que comparaba al kirchnerismo con los gulags de Stalin. Para un sitio que llevaba entre sus acápites la crítica al "periodismo, con su inmediatez desmemoriada y su exageración profesional," se había cumplido un ciclo.

Ese trayecto de pocos años repite, más tarde y en una versión minusválida, el ciclo que hizo Página/12 desde 1987, un medio que se puso enfrente de los peores vicios del periodismo, para luego incorporar la mayoría de ellos. En el caso de TP, si la frescura de ese pensamiento honestamente crítico quedó en su estado inmanente, absorbiendo pronto aquello que condenaba, se debe a razones propias. Lo que para unos era un arma para salir de Periodistilandia apuntando a los cimientos que le daban vida, para otros era un esfuerzo imposible por renunciar a la Ciudadanía Periodística sin dejar de ratificar la Ciudadanía de la Convertibilidad sobre la que aquella se montaba. Ahí morían las mejores intenciones. Y se perpetuaban las peores.

En la exasperación de no ver qué era lo que no funcionaba, nos enojábamos con la realidad y salíamos a denunciarla, menos desde nuestra certeza analítica que desde nuestras carencias argumentativas. Y desde una posición imposible: no existe más la política, ni el establishment literario, ni la crítica de cine, los cánones se han trivializado gracias a Dios, así que tiremos todo por la ventana, ¡hagamos poesía!, hablemos de museos pequeños, músicos que nadie conoce. Contemos que tomamos cocaína, yo llegué a escribir un libro entero al respecto, ahora que decir la verdad esconde más de lo que revela, leche negra del alba la aspiramos al alba, al anochecer, la aspiramos de madrugada, la aspiramos. Pero al mismo tiempo, escribamos lindo y, sans-culottes de cotillón, mientras tiramos del mantel, no dejemos de hacer todas las señas para dejar en claro que nos morimos por sentarnos a la mesa.

La política se nos había escapado entre los dedos, pero teníamos el mandato inter-

no de ponderar sobre el pasado y presente de la patria. Sobre todo, sobre el pasado. A los setentistas se les aplicaba la vara del Palermo Democratic Politics. Y entonces había ríos de texto celebrados por los lectores en donde un autor chillaba porque algún personaje en 1970 no había tenido la cordura de un demócrata noruego, en un país donde comerse un hígado vivo iba camino a ser la norma. En ese tono, un artículo mío despellaba a Piero por las razones equivocadas, algo difícil de lograr teniendo en cuenta todas las razones valederas que puede haber para hacerlo.

Pero a los que se quemaban la cabeza tratando de hacer algo digno en la política irredenta de la actualidad, al mismo tiempo, se los juzgaba con los estándares de Camilo Torres. Y entonces aparecían, por ejemplo, la sorna sobre Gabriel Puricelli, uno de los que participó en las conversaciones de TP. En el mar de tiempo libre que disfrutaban los redactores de TP, un grupo se embarcó en la tarea de un mockumentary sobre su vida. Visto y vuelto a ver, una y otra vez, era la historia de un hombre que no había aprovechado su oportunidad ni su tiempo, el retrato de alguien con un enorme potencial que había quedado varado en la cuneta de la vagancia. Presentado como documental, el video hablaba como un síntoma, y decía mucho más del futuro de quienes lo celebraban que del presente del documentado, que como otros pocos busca mantener la cordura y dedica las horas que no tiene al esfuerzo de hacer política sin perder la dignidad, en un país donde la expresión “degradación del espacio público” es apenas sugerente de lo que ha pasado.

Era una autoexigencia agotadora y fútil, la de reclamar virtudes al prójimo y negar las agachadas propias. Sísifos online, policía de teclado fácil. Era una desesperación por exhibir, con la habilidad que habíamos desarrollado, aquello que no teníamos. Y cuanto más brillábamos, más mostrábamos la hilacha.

He aquí, entonces, una cita tan memorable como las de Reagan y Portantiero, de mi tía Susana.

“No se puede cagar más alto que el culo.”

Es decir, y esto es lo que mi tía Susana da a entender con su frase, sí se puede. Pero se nota.

Aún así, debajo de los artificios más celebrados por la platea, se colaban algunas de las mejores contribuciones de esta generation perdue al comienzo del siglo veintiuno. Como los esfuerzos a los que se sometía Esteban Schmidt en la búsqueda de un lenguaje nuevo para hablar de política, sin duda el desafío más grande para pensar hoy más allá de uno mismo. Con resultados discutibles, por suerte, pero con notas enteras sin una sola concesión a la salida fácil de ponerse por afuera y resolver la distribución del ingreso con la letra de una canción pop, o la claudicación habitual de terminar ha-

blando del Estado, el neoliberalismo y otros tantos fantasmas. O los redactores que hicieron sus crónicas de suburbio bonaerense para un público que no lo conocía ni en fotos, y que lo hicieron sin el afán exhibicionista del “mundo popular,” sino con una honesta sensibilidad por la realidad propia y ajena. O tantos otros que aventuraron los cambios fundamentales y duraderos que se producían en la Argentina de los Kirchner más allá de nuestros teclados. O las intuiciones sobre las desigualdades e injusticias que esos mismos cambios podían llegar a dejar intactos o incluso profundizar, intuiciones que no venían justamente de los que seguían aferrados a la ilusión de poder luchar contra la novena tiranía, sino justamente de aquellos motejados como kirchneristas.

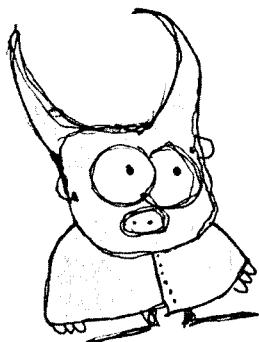
Ah, y los dibujos de Huili Raffo, claro.

Las ilustraciones de TP, los dibujos de Huili, quien primero presentó la idea de poner en marcha TP a un grupo de amigos entre los que me incluía. Los dibujos eran todo lo que los textos no. Por su belleza, pero sobre todo por lo provocativo de su paz, lo sorpresivo de su efecto. Alguien escribía una nota maltratando a todos sus enemigos de turno, y la ilustraba un nene empequeñecido ante el mundo que lo rodea. Otro se enfervorizaba con las multitudes de algún país, y el dibujo del hombre más solo del mundo, caminando en una calle desierta de espaldas a todo, debía advertir sobre las limitaciones de la nota. Los personajes de los dibujos de Huili podían ser un intento más genuino que los artículos por pensar la realidad y pensarnos a nosotros mismos dentro de ella. Recuerdan, en eso, a Estebitan, el personaje creado por Esteban Schimdt en su libro Palermo Manifesto. A diferencia de los dibujos, Estebitan no se ríe, Estebitan llora, refunfuña de odio viendo en qué se convirtió aquello en lo que había creído de joven. Lleno de bronca, Estebitan fracasa en su intento de descripción histórica al construir al pasado como un objeto a la medida de sus enojos, donde la militancia, el veraneo, las ciencias sociales, el gimnasio o la política adquieren un perfil incompleto que profundiza la rabia del personaje, en la medida que no le deja ver su propio autoengaño, lo cual, como objeto literario, no deja de ser parte de su atractivo. Pero si el personaje de Palermo Manifesto se consume en la bronca, el riesgo de los dibujos de Huili es el de nadar en la candidez, y suponer que esa sonrisa es la de los propios miembros de TP y sus lectores, celebrando la incomprensión general para su mensaje de paz en un país en guerra.

Los dibujos de Huili Raffo también pueden ser vistos, si uno quiere, como un muestrario de pudor, curiosidad intelectual y saludable desinterés por la lucha por el poder, y amor. Es decir, todo lo que no había en los artículos y que sus autores se morían por tener. Todas las cualidades de una producción intelectual y artística valiosa, que si hubieran estado en los textos, habrían puesto a TP un poco más cerca de Les Temps

Modernes que de la versión Palermo de CrónicaTV. Si en lugar de desarrollar una sobria distancia respecto del poder, sólo se está enojado por haber sido desplazado, por no entender cómo, por no haber sido, ¿desde dónde desarrollar un pensamiento crítico, un espacio intelectual desentendido de en lugar de determinado por la lucha por el poder, sea el poder político o el de un círculo de tres escritores y un borracho? En la fascinación por el poder no hay espacio para el pensamiento crítico porque no hay espacio para la empatía, y en TP sobraba la fascinación por aquellos que nos habían ganado de mano, creando el subespejismo de pensarse por afuera pero desesperarse por el adentro.

Y sin esa empatía, la curiosidad por entender se queda mancada en la otra orilla, narcisa, un festival de impotencia. Si, en cambio, las ilustraciones eran gestos de amor, fue porque el autor rompía el espejismo desolador que ponía sobre el papel, el de ese hombre solo e incapaz de ir más allá de sí mismo. Nadie puede ser parte de algo más grande si, no importa lo que diga, va a estar todo el tiempo hablando de sí mismo, viéndose a sí mismo, dando vueltas alrededor de sí mismo. Quizás, para quienes lo hicimos, lo mejor de la muerte temprana de TP fue lo mucho de lo que nos salvó. Y lo mejor de su vida breve es la calidad de algunos de sus artículos y ensayos e ilustraciones, que hoy llegan a su formato impreso, para usted lector, como legado de una época que recién ahora empezamos a entender.



DDH? - can V!

Go to NAZI

Go's dream/pun - could be on the book.

Problem session at the house one's?

difficult

(last night a la LETHAL WEAPON. How T. is in Seattle differently.)

chance of militant conf.

How much to we want to reflect from the classic Hollywood model. And with, in any case?

Preview: Black Book

Sun, 14 Jan 07 7:30 PM

Cinema 1

£8.00

D 0007 U C1AS01

INETFULL

Unreserved

ICA:

Institute of Contemporary Arts
The Mall
London SW1
www.ica.org.uk